

# Rafael Alcides y el hombre común

NOS DICE SEAMUS HEANEY EN UNA EVOCACIÓN DEL recién fallecido Czeslaw Milosz que para éste la poesía debía «descender de su elevada posición ventajosa para arrastrarse entre los nómadas del valle». Nos dice asimismo que el gran poeta polaco —partícipe en el derribo del totalitarismo en su país— consideraba necesaria «una conciencia de la trivialidad y las tribulaciones de la vida de los demás para humanizar el canto». En consecuencia, Milosz postulaba que «el mundo debía aleccionar la inteligencia, convirtiéndola en un alma».

Estas palabras de Milosz me resultan familiares, y lo serán también para Rafael Alcides, ya que la generación de poetas a la que ambos pertenecemos se interesó vivamente por «las tribulaciones de la vida de los demás» y se propuso «humanizar el canto». En la década de los 50, en el marco de la poesía cubana, esto venía a significar alejarse de Lezama y *Orígenes* y acercarse a Piñera y *Ciclón*. En primer lugar, porque nuestro país, que se revolvía contra la dictadura de Batista, había entrado en un proceso revolucionario y los jóvenes poetas que nos comprometimos con dicho proceso buscamos para nuestro mensaje, dirigido a los «nómadas del valle», un idioma directo, todo lo directo y transparente que la comunicación poética permitiera. Así, reaccionando contra el barroquismo, nos hicimos coloquialistas para «humanizar el canto».

Nos atrajo el ardor filantrópico y el ideario democrático de una revolución que nos parecía puesta en marcha por y para el «hombre común», ese a quien el ojo elitista de Nietzsche —a través del cual miraron el fascismo y el estalinismo— vio sólo como pasto de las estadísticas y que a nuestros ojos era el sujeto y el objeto de la historia. El mismo al que Rafael Alcides, en un poema fiel a los ideales primigenios de nuestra generación, identificó como «el alma del combate» y el «único general», pero —y he aquí lo profético de este poema, escrito hace muchos años— al que vio morir solo, «sin más victoria que el silencio».

Los rigurosos versos de «En el entierro del hombre común» (1972), además de mostrar el calado humanista de la ética y la poética de Rafael Alcides, reflejan patéticamente la última y más grave derrota de la democracia en nuestro país. La nuestra es una generación frustrada en lo que Lezama llamó «lo esencial político», y no sólo, o no tanto, porque le cambiaron los naipes, sino fundamentalmente porque se dejó avasallar en lo esencial ético. No conozco ningún otro poema que encare esta derrota con la nitidez, la cólera y el dolor de «En el entierro del hombre común», un texto que sólo podía escribirse desde la resistencia moral.

Rafael Alcides atesora aún —vivos están en su conducta y su escritura— las rebeldías y anhelos que una vez fueron las divisas de nuestra ya desmantelada generación. No debe extrañarnos, pues, que este Ulises caribeño siga soñando, en la gruta de Polifemo, con llegar a Ítaca. A través del Atlántico lo descubro, nauta de porfiada dignidad, resistiendo los cantos de las sirenas en un cenagoso mar de traiciones y claudicaciones.

Y dicho esto envío el siguiente

### *Recado a Rafael Alcides*

Ha terminado nuestro siglo, Alcides.  
 El siglo xx ha muerto, no lo olvides.  
 Y al presente llegamos aturdidos,  
 en errantes albatros convertidos.  
 Por la tierra las alas arrastramos  
 mientras migas de un sueño picoteamos  
 —pavesas de aquel sueño que aún fulgura  
 como una luminaria en la negrura  
 y que fue nuestro, inabarcable, puro  
 como sólo los sueños pueden ser.

Lidiando todavía nuestras lides,  
 volvemos a encontrarnos, buen Alcides:  
 henos aquí, llegados al futuro  
 sin que hayamos salido del ayer.